

Ricardo Baeza

Embajador de España
en Chile

El 4.º centenario de Ercilla

La meritísima Academia Chilena de la Historia y mi querido amigo, el señor Director de la Biblioteca Nacional, don Alejandro Vicuña, han tenido la feliz iniciativa de aprovechar este Día de la Raza para conmemorar el Cuarto Centenario de Ercilla e inaugurar la exposición de las ediciones de su poema, y sin duda, teniendo en cuenta la índole españolista de ambas circunstancias es que han tenido la gentileza de invitarme a tomar parte en esta fiesta.

Entiendo que mi intervención debería, en realidad, limitarse a dar las gracias, en términos más o menos prolijos y galanos, a los organizadores de este acto en honor de España; pero, desgraciadamente, parece que los susodichos organizadores esperan que diga algo más sobre cualquiera de los dos temas circunstanciales del día, y no me atrevo a defraudarlos completamente. Ahora bien, sobre el tema de la Raza, sin contar los perpetrados en los dos años anteriores, llevo pronunciados, entre ayer y hoy, tres discursos, y en ellos, aunque no muy dilatados, puede decirse que he agotado todos los tópicos que al respecto tenía en mi repertorio.

Así, entre ambos escollos, he optado por el menor, que en este caso se me antoja es el de Ercilla. Lo malo es que, entre chilenos y españoles, se ha dicho ya casi todo lo que había que decir sobre el autor de *La Araucana*; y, si algo quedaba, es seguro que nos lo acaban de decir los señores don Alfonso Bulnes y don Guillermo Feliú Cruz en los magníficos trabajos que hemos tenido el gusto de oír. Habré, pues, de limitarme a expo-

neros, un tanto esquemáticamente, algunas observaciones marginales y de orden menor que se me han ocurrido a propósito de *La Araucana*.

De todas las formas de *chauvinismo*, entiendo que el *chauvinismo* intelectual es el menos justificado y el más nocivo de todos. Así, creo no deberemos de vacilar en reconocer que, pese a todos sus méritos y valores, el poema de Ercilla, juzgado desde un punto de vista sustantivamente poético, no es una de las grandes cumbres de la poesía castellana. Es indudable que se trata de una obra de amplia envergadura, sólidamente construída y ordenada; y tampoco cabe duda de que abundan en ella las descripciones excelentes, las grandes oraciones y las reflexiones donosas o sesudas, campeando, además, en todo el poema un acento de nobleza, de dignidad y de cordura, que me parecen las virtudes más trascendentes de la obra. Desgraciadamente, todas estas condiciones y virtudes no bastan para constituir un gran poema; y en vano buscaríamos en *La Araucana* esas calidades específicas, esos íntimos matices, esos resortes de inefable sugestión, que son el misterio último de la poesía pura y el mágico talismán que confiere vida inmortal al verso; esa vida de que viven en la poesía clásica castellana las obras de Jorge Manrique, el Romancero, San Juan de la Cruz, Garcilaso, Santa Teresa, Fray Luis de León, Calderón, Rubén Darío...

Hasta como poema épico, aunque el primero con forma propia de tal que aparece en nuestra literatura, ya que todos los otros del género: *La Austriada* de Juan Rufo, *El Monserrate* de Virués, *La Jerusalén Conquistada* de Lope de Vega, *La Cristiada* de Hojeda, *El Bernardo* de Valbuena, etc., le son posteriores, y concebidos en cierto modo con arreglo a su modelo, y por otra parte inferiores a él en total; y aunque anterior también, siquiera sea en pocos años, a la mayoría de las otras grandes epopeyas occidentales, como *La Jesusalén Libertada* y *Os Lusíadas*, al punto que, de esos poemas épicos de la Europa moderna, sólo el *Orlando el furioso* le antecede, y desde luego le sirve de arquetipo, *La Araucana* no representa tampoco, esencialmente, el sentimiento épico de Castilla, su emoción épica genuina, para encontrar la cual deberemos remontarnos a épocas anteriores, al *Poema de Mio Cid* y sobre todo, a nuestro incomparable *Romancero*, que no sólo constituye el supremo acervo poético de España, sino también su gran cantera épica y dramática.

No obstante, a pesar de estas limitaciones—pero ¿qué obra humana no las tiene?—y aunque la obra de nuestro poeta figure, con tantas otras de las literaturas clásicas, en aquel linaje de obras más citadas y traídas a cuento que realmente leídas y gustadas, ello no disminuye en nada el valor de *La Araucana*, que, si no una de las obras maestras de la poesía castellana, es indudablemente uno de los monumentos más significativos de nuestra literatura; con suficientes cualidades intrínsecas para que su lectura pueda ser acometida con placer y provecho, si no en la juventud, que ya sabemos es magníficamente intransigente y no se acomoda de buen grado más que a lo genial y de primer plano, cuando menos a la edad madura, más indulgente y a la que la experiencia del mundo ha enseñado a percibir y gustar bellezas de segundo término, más modestas y apagadas. Y así es como yo me permitiría aconsejar que la lectura de *La Araucana* se llevase a cabo, bien en la edad madura, bien en la niñez, que, relegando a lugar secundario las cuestiones de forma, atiende ante todo al fondo de las obras; y así se encontraría en condiciones especialmente propicias para gustar la fabulación heroica y el estimulador panorama moral del poema.

Se ha dicho con frecuencia que el metro en que se halla escrita *La Araucana* es su elemento más precario y uno de los obstáculos que más dificultan su lectura. Pero, a este respecto, conviene tener en cuenta que la octava real empleada por Ercilla, aunque sin duda uno de los metros más monótonos e inflexibles y con menos posibilidades de dramatismo y de variedad lírica, no era en su tiempo el molde rígido y manido en que lo han convertido para nosotros el uso y el abuso de tanto vate altisonante y la innúmera legión de pseudoclásicos y academicistas que después de Ercilla merodearon por el campo de la épica.

Por otra parte, no hay que olvidar que la mayoría de los grandes poetas épicos modernos, desde el *Orlando Furioso* y *La Gerusalemme liberata* y *Os Lusíadas* hasta el *Don Juan* de Byron, fueron escritos en octavas, lo que parece probar que, después de todo, alguna virtud especial tendrá dicho metro para la expresión épica. Pero, además, la octava real, muy distinta de la octava española de arte mayor, tan en auge entre los poetas de la Corte de Don Juan II, era una novedad en tiempos de Ercilla, importada pocos años antes por Juan Boscán, con las otras galanuras e invenciones poéticas que la influencia del Embajador veneciano Navagiero, le decidiera a transplantar de

la métrica italiana. De esta manera, Ercilla, al escoger la octava real, no sólo lo hizo por seguir el ejemplo del Ariosto y entender, como él, que su solemne andadura convenía particularmente al sujeto de su poema, sino que, al hacerlo así, escogió una forma nueva y fué uno de los primeros cultivadores de la octava real en la poesía castellana. Y sin duda no deja de tener una alta significación ejemplar, de buena disciplina literaria, el caso de este mozo, poseído del fuego y arrebato de la juventud, y en plena contienda guerrera, sofrenando su inspiración y haciéndola correr ordenadamente por un cauce tan derecho y uniforme; ejemplo de disciplina y continencia que, no sé bien por qué, me trae a la memoria el caso de aquel mozo inglés en el Africa ecuatorial que, aunque solitario en una factoría de las grandes selvas interiores, se obligaba a vestirse de smoking para la comida, como medio de resistir a la desmoralización del trópico, que parece acaba por corroer implacablemente las buenas costumbres y los mejores modales.

En todo caso, la férrea jaula de la octava no impidió a la inspiración del poeta dar con frecuencia vigorosos aletazos, y son bastantes los versos de honda raigambre que, buscando un poco, pueden encontrarse en el poema, sobre todo en las reflexiones morales y filosóficas que lo entreveran y a las que conviene particularmente el tono lapidario y sentencioso de la estancia.

Tales, verbigracia, aquellos en que diríase trasciende el pesimismo de las Coplas de Manrique, amargo zumo de la vid horaciana y del Eclesiastés, que, con acento diverso, corre por toda nuestra poesía lírica:

*Del bien perdido al cabo, ¿qué nos queda
sino pena, dolor y pesadumbre?
Pensar que en él Fortuna ha de estar queda,
antes dejara el Sol de darnos lumbre:
Que no es su condición fijar la rueda,
y es malo de mudar vieja costumbre:
El más seguro bien de la fortuna
es no haberla tenido vez alguna—.*

El mismo acento severo, de moral estoica, campea en las estrofas finales, que son, sin duda, las más granadas e impresionantes del poema:

*«Y aunque la voluntad, nunca cansada,
 Está para serviros hoy más viva,
 Desmaya la esperanza quebrantada,
 Viéndome proejar siempre agua arriba;
 Y al cabo de tan larga y gran jornada
 Hallo que mi cansado barco arriba,
 De la adversa fortuna contrastado,
 Lejos del fin y puerto deseado.
 Mas ya que de mi estrella la porfía
 Me tenga así arrojado y abatido,
 Verán al fin que por derecha vía
 La carrera difícil he corrido;
 Y aunque más inste la desdicha mía,
 El premio está en haberle merecido,
 Y las honras consisten, no en tenerlas,
 Sino en sólo arribar a merecerlas».*

Y si queremos un tono menos severo y un tañer más dulce, ahí están los versos iniciales del Canto XV, con su suave cadencia platónica, y para mi gusto los más armoniosos y galanos del poema:

*«¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
 ¿Qué verso sin amor dará contento?
 ¿Dónde jamás se ha visto rica vena
 Que no tenga de amor el nacimiento?
 No se puede llamar materia llena
 La que de amor no tiene el fundamento:
 Los contentos, los gustos, los cuidados,
 Son, si no son de amor, como pintados».*

Pero las principales bellezas y las sugerencias más activas de *La Araucana* entiendo son, sobre todo, extrínsecas, ajenas a las calidades sustancialmente poéticas de la obra. Tal es, por ejemplo, la imagen que suscita del poeta héroe, habiendo vivido primero lo que luego cantara, y componiendo apasionadamente sus versos en medio del fragor de la aventura.

Otro rasgo exterior particularmente interesante, aunque obra del azar, es que el único gran poema sobre nuestra epopeya de América viniera a tomar como tema, no el vasto reino del Moctezuma o el imperio monumental del Inca, sino un pueblo infinitamente más reducido y humilde, un pueblo de

pastores nómades, grande solamente por su sobriedad más que espartana, su valor indomable y su apasionado amor a la libertad, virtudes todas estas que, fatalmente, habían de seducir el corazón de un español.

De todas maneras, la importancia mayor del poema de Ercilla es más histórica que literaria, y más aún, diría, del lado chileno que del español, pues sin duda a nuestro poeta se debe en su casi totalidad la magnífica leyenda araucana, que tan luminosa aurora pone a la nación chilena, pudiendo asegurarse que sin los versos del poeta castellano las heroicas hazañas y virtudes de los hijos de Arauco, pese a la realidad de su existencia y aunque hubiesen sido más sublimes que en la ficción, habrían quedado sumidas en la noche de los tiempos y para siempre ignoradas de los hombres. Pero si esto abre una larga cuenta de gratitud para los chilenos, en nada disminuye la de los españoles, pues, aparte de los méritos intrínsecos del poema, que siempre se bastarían a señalarle un lugar eminente en nuestra literatura, no es dón pequeño el ejemplo de moral hermosura que nos ofrece nuestro poeta exaltando al enemigo y elevando a un puñado de guerreros oscuros y primitivos a la dignidad de héroes clásicos, que, en ocasiones, se diría escapados de las páginas de Plutarco, cuyas grandes figuras rememoran, tanto por el recuerdo de sus hechos como por la nobleza y ancho aliento de sus discursos.

Y he aquí como el ejemplo de esta obra de poesía añadiendo al mundo de la historia una nueva provincia con la nación araucana, que, sin ella, seguramente no habría pasado de la categoría de oscura tribu en que quedarán tantas otras poblaciones indígenas del continente que lucharon contra el conquistador, viene a corroborar aquella ingeniosa tesis del esteticista inglés, según la cual la literatura influye sobre la vida más aún que ésta sobre aquélla, y cómo, en fin de cuentas, la historia, de cuyo preciso testimonio tanto nos ufamos, no es sino literatura e imaginación; teoría que, bajo su manto de paradoja entraña una verdad cierta. Sin contar, añade el citado ingenio, que es mucho más difícil y meritorio hablar de una cosa que hacerla; pues todo el mundo puede hacer historia, y sólo un gran hombre es capaz de escribirla. Así, el hombre, cuando obra, es punto menos que un autómatas, juguete de la fatalidad, del azar o de las circunstancias; y cuando cuenta, escribe o canta, es un poeta. El arte, lo más vivo y lo más eterno del mundo, convierte en criaturas perennes las sombras inestables de la vida.

real, confiriéndoles la inmortalidad, salvándolas del pudridero de la acción, que muere en el instante mismo de su realización, y sólo gracias al divino ministerio del arte consigue sobrevivirse y pasar a través de los tiempos con su carátula de realidad.

Así, conviene que en don Alonso de Ercilla y Zúñiga rindamos homenaje, no ya solamente al autor de *La Araucana*, poema épico leído de pocos, sino al genuino iniciador de la historia chilena, que se prosigue y urde cada día, siempre nueva y diversa.

El poeta modeló a su propia imagen, heroica y generosa, a los progenitores autóctonos de la nación chilena, y ellos siguen viviendo a nuestro lado, merced a la vida tenaz e inagotable que su creador les infundiera.

Aunque, para ser enteramente justos, habría que reconocer que Ercilla debe tanto al pueblo araucano como éste le debe a él, pues sin duda la revelación que de Arauco nos hace el poema, y el haber venido así a constituir como el Génesis de la nación chilena, su amanecer protohistórico, podría decirse, ha contribuido a asegurar al poema tanta importancia y perennidad, como él asignara a los manes de Caupolicán y Colocolo. En todo caso, juntos indisolublemente, en una unidad punto menos que hipostático, han pasado a la posteridad don Alonso de Ercilla y la nación araucana, y juntos, seguramente, habrán de vivir ya para siempre en la memoria de los hombres.